

LA BUENA DE ANNA

PRIMERA PARTE

LOS COMERCIANTES de Bridgepoint aprendieron a temer el sonido de “Miss Mathilda”, ya que con ese nombre la buena de Anna siempre vencía.

El más inflexible de los almacenes de precio único descubrió que podía vender un poco más barato cuando la buena de Anna dijo, sin morderse la lengua, que “Miss Mathilda” no podía pagar tanto y que en Lindheims lo encontraba todo a mejor precio.

Lindheims era el almacén favorito de Anna, porque en él había días de descuento en los que vendían la harina y el azúcar a un cuarto de centavo menos por libra: además, todos los jefes de sección eran amigos suyos y se las ingeniaban para aplicarle descuentos en días normales.

Anna llevaba una vida ardua y llena de complicaciones.

Anna era la gobernanta de la casita de Miss Mathilda. Era un edificio pequeño y cursilón, uno más en una larga hilera de construcciones gemelas en apretada formación que recordaban a esas

fichas de dominó que a los niños les divierte derrumbar. Estaban dispuestas a ambos lados de una calle que a partir de aquel punto hacía una cuesta muy pronunciada. Eran casitas cursilonas de dos pisos, con fachada de ladrillo rojo y anchos escalones blancos.

Aquella casita estaba siempre llena. Vivían en ella Miss Mathilda, una criada, perros y gatos callejeros y la voz de Anna, que se pasaba el día abroncando, gobernando y refunfuñando.

—¡Sallie! Te dejo sola un minuto y ya tienes que salir corriendo a la puerta para ver pasar al chico de la carnicería; y mientras Miss Mathilda buscando sus zapatos como una desesperada.

—¿Crees que tengo que hacerlo todo yo para que tú puedas pasarte el día dando tumbos por ahí sin pensar siquiera? Si no te estoy vigilando continuamente te olvidas de lo que has de hacer; yo me tomo todas las molestias y tú en cambio te presentas desaliñada como un buitre y sucia como un perro. ¡Ve a buscar los zapatos de Miss Mathilda donde los pusiste esta mañana! ¡Peter! —el volumen de su voz aumentaba—, ¡Peter! (Peter era el perro más joven y el favorito de la casa.) Peter, si no dejas en paz a Baby (Baby era una terrier vieja y ciega a la que Anna llevaba queriendo muchos años)... Escúchame bien, Peter; si no dejas en paz a Baby te voy a dar unos azotes, perro malo.

La buena de Anna tenía grandes ideales sobre la castidad y la disciplina caninas. Los tres perros fijos, es decir los tres que vivían siempre con Anna: Peter, la vieja Baby y el peludo y diminuto Rags, que se pasaba el día dando saltos verticales para demostrar lo feliz que era, así como los huéspedes temporales, los numerosos animales callejeros que Anna recogía hasta encontrarles hogar, tenían órdenes muy estrictas de no portarse mal con sus compañeros.

En una ocasión ocurrió una lamentable desgracia en la familia. Una pequeña huésped terrier a la que Anna encontró nuevos amos dio a luz inesperadamente a varios cachorros. Sus nuevos propietarios estaban seguros de que Foxy no había conocido a

ningún perro desde que estaba a su cargo. La buena de Anna afirmó con tanta firmeza que su Peter y su Rags eran inocentes, y puso tanto acaloramiento en sus argumentos, que los amos de Foxy acabaron por convencerse de que aquellos resultados se debían a su propio descuido.

—Eres un perro malo —le dijo Anna a Peter aquella noche—, eres un perro malo.

—Peter es el padre de los cachorros —le explicó la buena de Anna a Miss Mathilda—, son idénticos a él. Pobre Foxy, eran tan grandes que le ha costado mucho traerlos al mundo. Pero Miss Mathilda, no podía permitir que esa gente supiera lo malo que es Peter.

Peter y Rags pasaban, como los visitantes que se hospedaban en la casa, por épocas regulares de malos pensamientos. En tales ocasiones Anna solía estar especialmente atareada y furiosa, y siempre que tenía que salir se ocupaba con sumo celo de encerrar por separado a los perros malos. A veces, sólo para comprobar el bien que les había hecho, Anna abandonaba la estancia unos momentos dejándoles a todos juntos y luego volvía a entrar inesperadamente. Había que ver cómo los perros traviosos, al oír el ruido de su mano en el picaporte, se escurrían y encogían desolados en un rincón cual un grupo de niños desilusionados porque les han arrebatado el azúcar que acaban de robar.

Baby, ciega e ingenua, era la única que dejaba a salvo la dignidad perruna.

Ya ven que Anna llevaba una vida ardua y llena de complicaciones.

La buena de Anna era una alemana bajita y flaca, de unos cuarenta años por entonces. Tenía el rostro enjuto, las mejillas chupadas, los labios contraídos y firmes y unos ojos azules y de expresión muy viva que unas veces relampagueaban y otras sonreían, pero que siempre lanzaban miradas directas y cortantes.

MELANCTHA

CADA CUAL COMO PUEDA

ROSE JOHNSON HIZO MUY difícil el momento de traer a su hijo al mundo.

Melanctha Herbert, que era amiga de Rose Johnson, hizo todo cuanto humanamente pudo. Atendió a Rose y se mostró tolerante, dócil, tranquilizadora e incansable mientras Rose, que era hosca, pueril y cobarde gruñía, se agitaba y daba alaridos como un ser abominable o un animal primario.

El niño, a pesar de nacer sano, no vivió mucho tiempo. Rose Johnson era descuidada, negligente y egoísta, así que cuando Melanctha tuvo que ausentarse por unos días el niño murió. A Rose Johnson le hacía mucha ilusión su bebé y quizá no hizo más que olvidarse de él un rato; sea como fuere el pequeño murió y Rose y Sam, su marido, se quedaron muy tristes. Pero como ese tipo de accidente ocurría con tanta frecuencia en el mundo negro de Bridgepoint, a ninguno de los dos le duró mucho el luto.

Rose Johnson y Melanctha Herbert eran amigas desde hacía varios años. Rose se había casado con Sam Johnson, un tipo decente, honesto y amable, mozo de cubierta en un vapor costero.

Melanctha Herbert aún no estaba casada de verdad.

Rose Johnson era una negra auténtica; alta, bien contorneada, hosca, estúpida, pueril y atractiva. Reía cuando se sentía feliz y se ponía gruñona y hosca siempre que algo la fastidiaba.

Rose Johnson era una negra auténtica, pero había sido criada, como su propia hija, por blancos.

Rose reía cuando se sentía feliz, pero no tenía esa risa amplia y distendida que configura el vasto y tibio resplandor del sol negro. Rose nunca se alegraba con esa alegría de los negros, ilimitada y nacida de la tierra. Su risa era vulgar y corriente, como la de cualquier otra mujer.

Rose Johnson era descuidada y holgazana, pero había sido criada por blancos y necesitaba una decente comodidad. Su crianza blanca había alterado sus hábitos, pero no su naturaleza. Rose tenía la moralidad sencilla y promiscua de los negros.

Rose Johnson y Melanctha Herbert, como muchos dúos femeninos, formaban una curiosa pareja para ser tan inseparables.

Melanctha Herbert era una negra donairoso, amarilla, inteligente y atractiva. No había sido criada por blancos como Rose, pero por sus venas corría un cincuenta por ciento de sangre blanca auténtica.

Tanto ella como Rose pertenecían a la categoría superior de los negros, allí en Bridgepoint.

—No, no soy una negra vulgar —decía Rose Johnson—, porque he sido criada por los blancos; y Melanctha es instruida y brillante, porque ha ido a la escuela, así que tampoco es una negra vulgar, aunque aún no haya encontrado a nadie con quien casarse como he hecho yo con Sam Johnson.

¿Por qué la sutil, inteligente, atractiva y medio blanca Melanctha Herbert quería, ayudaba y se desvivía por servir a la tosca, decente, hosca, vulgar y negra Rose? ¿Por qué Rose, amoral, promiscua e inútil se había casado, algo que no ocurre todos los

días, con un negro de los buenos, mientras que Melanctha con su sangre blanca, su poder de atracción y su deseo de establecerse en la vida aún no se había casado regularmente?

A veces, al pensar en cómo estaba hecho su mundo, la compleja y deseosa Melanctha se deprimía. A menudo se preguntaba cómo podía seguir viviendo estando tan abatida.

Melanctha le contó un día a Rose que una conocida suya se había suicidado porque estaba muy deprimida. Melanctha dijo que a veces pensaba que aquello era lo mejor que podía hacer ella también.

Rose Johnson no compartía en absoluto ese punto de vista.

—No entiendo, Melanctha, cómo puedes hablar como si fueras a suicidarte porque estás deprimida. Yo, Melanctha, nunca me suicidaría sólo por estar deprimida. Quizá, si tan deprimida estuviera, mataría a otra persona, pero nunca a mí misma. Si algún día me mato será por accidente y, Melanctha, si eso ocurre lo sentiré con toda mi alma.

Rose Johnson y Melanctha Herbert se habían conocido una noche en la iglesia. A Rose Johnson la religión no la inquietaba demasiado. No poseía la suficiente emotividad para dejarse llevar por un resurgimiento de la fe. En cuanto a Melanctha Herbert, todavía no había aprendido a utilizar la religión. Su deseo era aún demasiado complejo. Sin embargo ambas acudían con frecuencia a la iglesia negra, con sus amigos, por tradición de raza; fue allí donde poco a poco llegaron a conocerse bien la una a la otra. Rose Johnson había sido criada, no como una sirvienta, sino casi como una hija, por blancos. Su madre, que había muerto siendo Rose aún de brazos, había sido la criada de confianza de la familia. Rose había sido una negrita preciosa, linda y atractiva; como los señores no habían tenido hijos propios se la habían quedado a ella.

Rose fue creciendo y apartándose de los blancos para regresar con su gente de color; poco a poco fue dejando de vivir en

su antigua casa. Ocurrió que los señores se fueron a vivir a otra ciudad, y Rose se quedó en Bridgepoint. Sus blancos dejaron algo de dinero para sus necesidades, dinero que iba recibiendo a pequeñas dosis.

Rose se fue a vivir a casa de otra mujer, con esa facilidad proverbial en los pobres para convivir. Un buen día se marchó sin motivo ninguno a casa de otra. Siempre había tenido compañía masculina; no había dejado de estar prometida primero a un hombre de color y luego a otro, asegurándose siempre de que el noviazgo fuera formal, porque Rose tenía un gran sentido de la buena conducta.

—No, yo no soy una de esas negras vulgares que se van con cualquiera y tú, Melanctha, no deberías hacerlo tampoco —le dijo un día a la compleja e insegura Melanctha, cuando le estaba indicando qué era lo que debía hacer—. No, Melanctha, yo no voy una negra vulgar, porque he sido criada por blancos. Sabes muy bien que he sido novia formal de todos los hombres con los que he salido.

Así que Rose vivía con comodidad, decencia, holgazanería y satisfacción.

Después de vivir así un tiempo Rose pensó que sería estupendo y muy conveniente en su situación casarse de verdad, regularmente. Últimamente había conocido a Sam Johnson; le gustaba y sabía que era un buen hombre y que tenía un trabajo fijo y un buen jornal. A Sam Johnson también le gustaba Rose y estaba dispuesto a casarse con ella. Un buen día celebraron una gran fiesta y se casaron. Con la ayuda de Melanctha Herbert, que cosió para ellos e hizo el trabajo más agradable, amueblaron confortablemente una casita roja de ladrillo. Sam regresó a su trabajo de mozo de cubierta en el vapor costero y Rose se quedó en su nuevo hogar sin hacer nada como no fuera fanfarronear con sus amigas sobre lo fantástico que era casarse y tener un marido de verdad.

LA AFABLE LENA

LENA ERA TOLERANTE, afable, dulce y alemana. Había trabajado cuatro años de criada y le había gustado mucho.

A Lena la había traído de Alemania a Bridgepoint una prima suya. Llevaba cuatro años en el mismo puesto.

Aquel puesto, Lena lo encontraba estupendo. Estaba con una señora agradable y nada exigente y con sus hijos; a todos les caía muy bien Lena.

Estaba también con una cocinera que abroncaba a Lena con frecuencia; pero la paciencia germánica de Lena la ayudaba a aguantar sin sufrir, y además aquella buena y pertinaz mujer sólo la abroncaba por su bien.

La voz germánica de Lena cuando llamaba a toda la familia cada mañana era tan estimulante, tan consoladora, y tan agradable como la brisa delicada y suave de un mediodía estival. Se pasaba cada mañana largo rato en el pasillo, con su paciencia germánica sin ansia ni sufrimiento, llamando a los jóvenes para levantarse. Solía llamarlos, esperar durante largo rato y volver a llamar, siempre monótona, tolerante y afable, mientras ellos

caían de nuevo en ese último sueñecito precioso y tenso que les da a los jóvenes la fuerza de un jubiloso vigor muy superior al de aquellos que ya han alcanzado la buena disposición para despertar propia de la edad madura.

Lena trabajaba con buen ánimo todas las mañanas, y en las tardes agradables y soleadas la enviaban al parque para que allí se sentase y vigilase a la benjamina de la familia, una niña de dos años.

A las otras muchachas, que formaban un grupo agradable y desocupado vigilando a los niños en el parque en las tardes soleadas, les caía muy bien la sencilla, afable y alemana Lena. A todas ellas les gustaba embromarla por lo fácil que resultaba confundirla y turbarla. Lena se sentía desvalida con ellas, porque nunca había aprendido a comprender lo que significaban las cosas extrañas que le decían aquellas muchachas de mentes más ágiles que la suya.

Dos o tres de las muchachas, aquellas con las que Lena siempre se sentaba, se ponían de acuerdo para confundirla. Pero a pesar de todo, aquella vida le resultaba agradable a Lena.

A veces la niña se caía y se ponía a llorar, y Lena tenía que consolarla. Siempre que la niña dejaba caer su sombrero, Lena tenía que recogerlo y guardárselo. Siempre que la niña se portaba mal y tiraba sus juguetes, Lena le decía que no iba a dejárselos nunca más y se los quitaba para guardarlos hasta que la niña volviera a necesitarlos.

La vida de Lena transcurría plácida, casi tanto como un ocio agradable. Las muchachas, desde luego, la embromaban, pero aquello sólo producía una suave agitación en su interior.

Lena era una criatura morena y agradable; una morena como las que a veces producen las castas de rubios, morena, no con el moreno amarillento, rojizo o achocolatado de los países abrasados por el sol, sino morena con una capa transparente extendida uniformemente sobre el tono claro de la piel, morena con ese

moreno parco y sin matices que parece estar hecho para combinarse con ojos color avellana y un cabello moreno, lacio y no muy abundante, un cabello que se oscurece y se vuelve moreno a partir del amarillo pajizo de la infancia germánica.

Lena tenía el pecho plano, la espalda recta y los hombros caídos hacia delante propios de la mujer trabajadora resistente y sufrida, a pesar de que su cuerpo estaba ahora aún en plena juventud y el trabajo no había marcado con claridad sus líneas en él.

Parte de la extraña sensación que producía Lena se mostraba en la monótona quietud de movimientos de su cuerpo, pero se hacía sobre todo patente en la tolerante ignorancia y en la pureza brotada de la tierra de su rostro moreno, plano y de facciones suaves. Lena tenía unas cejas de sorprendente grosor, negras, anchas y frías, que con su oscuridad y belleza enmarcaban unos ojos color avellana, de expresión sencilla y humana, con esa paciencia tan terrenal de la alemana trabajadora y afable.

Sí, la existencia de Lena transcurría plácida. Desde luego las otras muchachas la embromaban, pero aquello sólo producía una suave agitación en su interior.

—¿Qué tienes en el dedo, Lena? —le preguntó un día Mary, una de las muchachas con las que siempre se sentaba. Mary era bondadosa, vivaracha, inteligente e irlandesa.

Lena acababa de recoger el acordeón de papel pintado que la niña había dejado caer, y lo hacía chirriar tristemente tirando de él con su dedo moreno, fuerte, y torpe.

—¿Y bien, Mary, qué es? ¿Pintura? —preguntó Lena, llevándose el dedo a la boca para probar el sabor de la mancha.

—Es un veneno terrible, Lena, ¿no lo sabías? —dijo Mary—. Esta pintura verde que acabas de probar es veneno puro.

Lena había succionado una considerable cantidad de la pintura verde que había en su dedo. Se detuvo a mirarse el dedo con atención. No sabía con exactitud qué significaban las palabras de Mary.